

541

~~1861~~

20

B. U

9008

LA CAMPAÑA

DE MARRUECOS

DESCRITA EN ROMANCES

POR

D. BENITO VICENTE GARCÉS.

PRECIO: 4 RS.

MADRID

IMPRESA DE **La Previsora**, Á CARGO DE H. JORDAN.

Calle de Santa Isabel, 12.

1866

R. 22492

860
(460)
VIC

LA CAMPAÑA
DE MARRUECOS

DESCRITA EN ROMANCES

SIMULANDO OPERACIONES ARITMÉTICAS

CON UN APÉNDICE

QUE CONTIENE VARIAS COMPOSICIONES AL MISMO ASUNTO.

POR

D. BENITO VICENTE GARCÉS.

MADRID

IMPRESA DE **La Previsora**, Á CARGO DE H. JORDAN.

Calle de Santa Isabel, 12.

—
1866

SUMARIO DE LA OBRA.

ROMANCE I.—Historia.

— II.—Deudas.

— III.—El Grito de guerra.

— IV.—CUENTAS I.—Sumas.

— V. — II.—Resta.

— VI.— III.—Multiplicacion.

— VII.— IV.—Division.

— VIII.— V.—Elevar á potencias.

— IX.— VI.—Estraer raices.

— X.—Lo lógico y lo probable.

APÉNDICE..... { Partido al billar.
Himno.
Brindis.

MADRID

1888

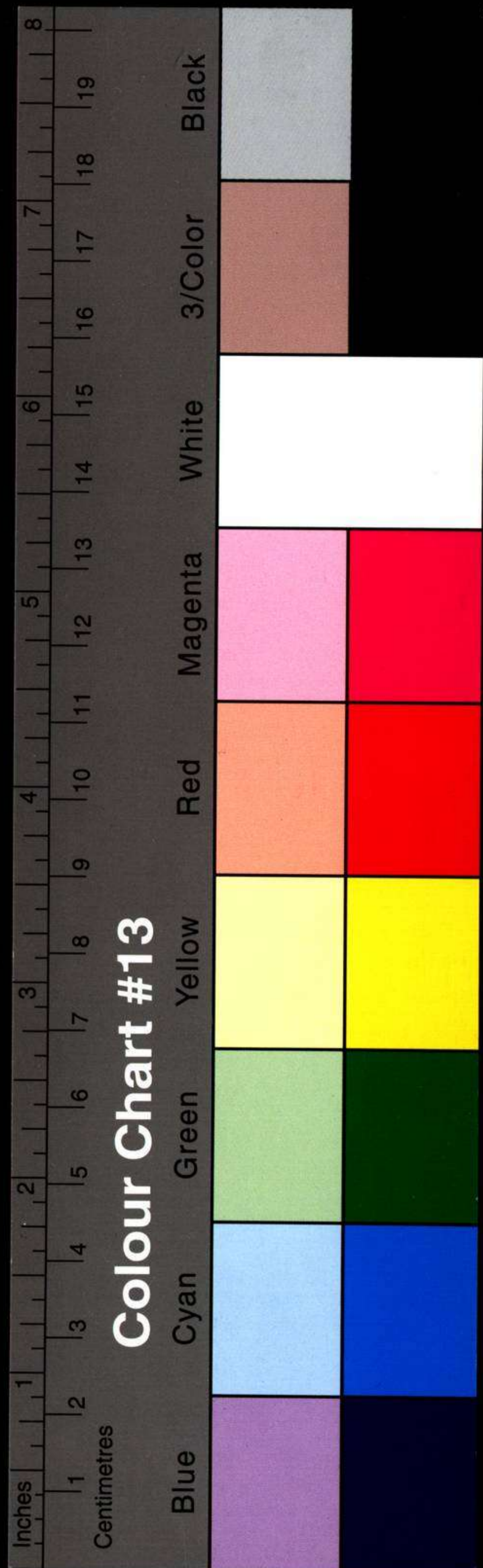
Mas después de siete siglos
de luchas encarnizadas;
a costa de mucha sangre
y de increíbles hazañas,
perdió su hermosa corona
pero dejó en cada valle
Cada monte, cada valle
cada río es una página
de gloria de luto, mas siempre
de sangre mora o cristiana.
sangre que hoy mas que el Ponto
a cruzes que en el Estrecho
de Gibraltar se llama,
y que las columnas de Hércules
como centinelas guardan,
dividiendo á Europa culta
de la tosca, incivil Africa;
bajo el trópico de Cáncer,
á los dos lados del Atlas,
hay un pueblo grande un tiempo
en historia y en hazañas,
militar, poeta, sabio,
religioso y entusiasta:
pueblo de amores y de héroes,
de aventuras y de zambras;
cuna entonces de las ciencias
que, bajo Abbasidas y Omniadas,
al apogeo llegaron
donde su cetro alcanzara.

ROMANCE I.

HISTORIA.

Mas allá de aquel Estrecho
que de Gibraltar se llama,
y que las columnas de Hércules
como centinelas guardan,
dividiendo á Europa culta
de la tosca, incivil Africa;
bajo el trópico de Cáncer,
á los dos lados del Atlas,
hay un pueblo grande un tiempo
en historia y en hazañas,
militar, poeta, sabio,
religioso y entusiasta:
pueblo de amores y de héroes,
de aventuras y de zambras;
cuna entonces de las ciencias
que, bajo Abbasidas y Omniadas,
al apogeo llegaron
donde su cetro alcanzara.

Este pueblo vióse un dia
casi dueño de la España
sin mas ley ni mas derecho
que la execrable venganza
de un noble godo, ofendido
por la torpeza de un... sátrapa.
(Don Julian vengó en un reino,
los agravios de un... Monarca.)



Mas despues de siete siglos
de luchas encarnizadas;
á costa de mucha sangre
y de increíbles hazañas,
perdió su hermosa conquista,
pero dejó en ella... su alma.

Cada monte, cada valle,
cada rio es una página
de gloria ó luto, mas siempre
de sangre mora ó cristiana:
sangre que muy mas que el Ponto
á entrambos pueblos separa
con odios inextinguibles,
con áspera y ruda saña.

Combatido sin descanso
volvió á encerrarse en el Africa,
y allí su antigua grandeza
reducida vió á la nada.

A la nada, porque el astro
de la raza musulmana
se eclipsó cuando Isabel
la desterró de Granada;
y, cumplido desde entonces,
lleno ya por su desgracia
su providencial destino,
ha llegado á abyeccion tanta
que ya ni historia ni ciencias,
costumbres, génio ni aun armas,
revelan aquel gran pueblo
que mereció tanta fama.

Perdiólo todo perdiendo
joya que tanto estimaba.
De sabio tornóse estúpido;
de conquistador, pirata;
de cisne, cuervo sombrío,
hiena en fin la que fuera águila.

Su envilecimiento y ruina

á su vencedor achaca,
 y, odiando la cruz de Cristo,
 su añejo rencor agranda
 porque acumula al oprobio
 de su vencimiento, larga
 memoria de antiguos goces
 y de grandezas... pasadas.

Desde sus montes descubre
 las ricas playas de Málaga;
 rasgar las sombras pretende
 que le ocultan á Granada.

Granada! su bien perdido!
 Granada y su bella Alhambra,
 dó tan sólo hallar confía
 remedio á su pena amarga:
 y, fija en ellas la mente,
 lágrimas de sangre y rábía,
 al dorar el sol los campos,
 entre conjuros derrama.

Nuevo Tántalo, hambre y sed
 tiene de volver á España,
 que en dias claros percibe,
 que con las manos alcanza.

Este pueblo se apellida
 en la historia Mauritania,
 y en el lenguaje moderno
 Fez ó Marruecos se llama.

Frente á él, á pocas leguas
 de las africanas playas,
 su enemigo vive ufano
 con su independencia santa.

Tambien este pueblo fuera
 mas grande: tambien mas faustas
 corrieran para él las horas
 que el reloj del tiempo marca.

Tambien-y aun mas-dictó leyes
 á mil naciones lejanas:
 tambien su nombre extendiera
 con sus victoriosas armas
 y enronquecieron sus hechos
 las cien trompas de la fama.
 El sol sin cesar dominios
 españoles alumbraba.

La unidad portentos hizo...
 La envidia cortó sus alas.
 ¿Por qué tan breves pasaron
 las glorias—ay! de mi patria?
 ¿Fueron sus hijos mas débiles?
 ¿Fueron menos entusiastas?
 ¿Fueron infames, apóstatas,
 crueles, torpes ó mandrias?
 —No! No! que fueron *amigos*
 de una execrable alimaña
 que, astuta como una zorra,
 sus descuidos acechaba,
 y por fin clavó en su seno
 el puñal... por las espaldas.

El leon perdió una á una
 sus guedejas mas doradas
 y mortal ponzoña interna
 corroia sus entrañas.

De vez en cuando un rugido
 su vida apenas mostraba,
 y á ese rugido sus émulos
 temblaban... sí... sí... temblaban;
 y nuevas redes, mas finas,
 encadenaron sus garras,
 y mientras otros impávidos
 con raudo paso avanzaban
 del progreso á la cabeza
 y volviéndonos la espalda,
 el leon narcotizado

su calentura pasaba.

Pero un dia miró rotas
por torpe mano sus armas
y... ¡ay del pueblo que tal hizo,
porque el leon... es la España!

ROMANCE II.

DEUDAS.

De los dos pueblos que quedan
descritos á grandes rasgos,
el uno es supersticioso
intolerante y fanático,
semi-idiota, rudo y torpe,
si valiente, muy mas falso,
rencoroso, tenaz, fiero,
indómito y sanguinario.

Bravo y altivo es el otro,
pundonoroso, ilustrado,
religioso mas no hipócrita:
sóbrio, noble, dulce y franco,
impresionable y alegre,
caballeresco y magnánimo.

La religion, el gobierno,
las costumbres, todo es vario.
El marroquí es Islamita:
el español es cristiano:
El Sultán azota, esprime
á diez millones de esclavos:
La Reina en España tiene
por súbditos ciudadanos:
La ley impera en España
desde el Pirene hasta el Hacho:
La ley... ¿Hay ley por ventura
de Berberia en los ámbitos?

Las costumbres son salvages
allende el Mediterráneo,
mientras España las tiene
de pueblo civilizado.

Con tan varios caracteres,
con tan añejos agravios:
entre vecinos tan solo
divididos por un... charco,
¿no es cosa muy verosímil
una guerra ó dos al año?
¿No es mas bien vivir en guerra
el estado normal de ambos?

Los españoles siguiendo
los preceptos consignados
por Isabel la Católica
y por Cisneros el... santo,
en los dominios del moro
plantar la cruz intentaron,
con próspera suerte á veces,
á veces con descalabros,
para pagar la visita
que Tarik y Muza ufanos
á Don Rodrigo le hicieran
de Guadalete en los campos.

En varias acometidas
playas, pesquerias, cabos,
bahias, golfos y puertos
se perdieron ó ganaron;
pero la española enseña
en el litoral del bárbaro
en Alhucemas, Melilla,
en la Gomera y el Hacho,
en Chafarinas y en Velez
quedó por fin tremolando.

Rudo insulto del alarbe
llevaba de vez en cuando
los bajeles españoles

á los puertos africanos.

Ora buques del comercio,
de resultas de un naufragio,
les ponian á millares
los cautivos en las manos,
convirtiéndose en mazmorra
el asilo hospitalario
que prescribe el Alcorán
al creyente mahometano.

Ora algaradas salvages
á los pueblos de este lado
en plena paz sorprendian,
entre cadenas llevando
á las prisiones de Tanger
niños, mujeres y ancianos
hasta obtener un rescate
vergonzoso é inhumano.

Las plazas que nos cedian
por virtud de los tratados
ó por azares de guerra,
en continuo sobresalto,
en hostilidad perpétua
permanecian, y al cabo
era preciso pagar
los agravios con agravios.

Eran en suma el oprobio
de todo el género humano
esas tribus ó kabilas
que, sin ley ni freno, dando
rienda suelta á sus instintos
salvages, desde sus ántros
acechaban, como el tigre
de sus desiertos insanos,
á los pobres europeos
que los vientos ó el acaso
arrojaban á sus costas
—¡oh baldon!— para robarlos.

Apurada la paciencia, mil veces el genio hispano hubiera tanta osadía y tanta infamia castigado, si una nacion que hace alarde de filantrópicos rasgos y de caminar al frente del mundo civilizado, con sus notas diplomáticas, ya de frente, ya de flanco; protectora de los débiles ser á veces figurando, mientras al débil impone su opinion á cañonazos, otras muchas su oficiosa mediacion y doble trato interponiendo, no hubiese nuestros planes contrariado.

Ya el comercio peligraba, segun ella, si instalados á ambos lados del Estrecho los españoles quedábamos, mientras seguro le via dominándole los bárbaros.

Ya el equilibrio europeo se rompería si un palmo de terreno en el Magreb los españoles tomábamos, mientras en el fiel quedaba si los isleños, obrando con la buena fé que suelen, se ingerian en Estados que rechazaban á tiros sus leoninos contratos.

Mas la kabila de Anghera tomó por fin á su cargo la no difícil empresa

de provocar al hispano
con insultos repetidos,
á concluir con tal escándalo.

Nuestra paciencia sin límites
á poquedad achacando,
las armas de España un día
junto á Ceuta pisotearon.

Tras del ultrage, ello es cierto,
el castigo fué inmediato;
pero era mengua vivir
en tan violento estado.

España acudió al Sultán
como se usa en tales casos,
para lograr correctivo
de tan torpes atentados.

El Sultán con subterfugios
pretendió salir del paso,
pero, llena la medida,
era además necesario
obtener seguridades
y cumplidos desagravios,
y el caduco Abderhaman
y sus consejeros aúlicos,
porque estaba escrito así,
por su mal lo rehusaron.
«No hay mal que por bien no venga»
dice un refrán castellano.

En España se oyó un grito
¡Al moro... y viva Santiago!!

ROMANCE III.

EL GRITO DE GUERRA.

Patria mia; ¡quién tuviera
suficiente inspiracion
para cantar, como el Tasso
su «*Jerusalen*» cantó,
la actitud del pueblo Ibero
al sentir la mancha atroz
que la estupidez del moro
arrojára en tu blason!

¡Quién diera á las á mi mente
para encumbrarse hasta el Sol!
¡Quién mi pluma dirigiera,
nunca mas pobre que hoy,
para pintarte tan grande
como merece, nacion
que un dia fuiste el asombro
del orbe por tu valor,
por tu fé, por tus virtudes
por tu hidalga condicion!

¡Oh! Perdona, patria amada,
si insuficiente cantor
empequeñezco tus glorias
con mi ruin y pobre voz!
Sí, perdona: que, acordándome
solamente de que soy
hijo tuyo, siento erguido
palpitar mi corazon,

y mis ideas se turban
y se me embarga la voz
y mi musa no me dicta
lo que quiero espresar yo.

Herrera, Ercilla, Quintana,
Espronceda, Calderon,
¿por qué desde vuestras tumbas
no solicitais de Dios
que os conceda nueva vida,
que os restituya la voz
para cantar cual solíais
de vuestra patria en loor?
¿Esperais tal vez que llegue
mas favorable ocasion?
¿Presumis que bastan miles
de poetas—oh qué error!—
para ensalzar cual se debe
la imponente indignacion,
la actitud grande, espontánea
de todo el pueblo español,
al saber que su almo escudo
servia de befa—horror!—
á la chusma envilecida
que en España dominó
cuando era noble, era digna
de tan distinguido honor?

.
.

Pero vuestros genios duermen,
y, al dirigirme á ellos hoy,
casi no les tengo envidia
porque mas feliz soy yo
que he gozado la ventura
de presenciar el ardor
con que el pueblo ha respondido
á tan ruin é infame accion.

Yo he sentido estremecerse

de indignacion y furor
 quince millones de Iberos
 al grito de ¡guerra! atroz,
 como la atmósfera tiembla
 de los truenos al fragor.

Yo he visto la España entera,
 cual jamás tal vez se vió,
 desde Poniente á Levante
 desde el Sur al Septentrion:
 lo mismo en ricos palacios
 que en la choza del pastor;
 lo mismo el Rey que el vasallo,
 la mujer como el varon,
 el anciano como el niño,
 el colono que el señor,
 el libertino insolente,
 cual las vírgenes de Dios,
 el militar, el paisano,
 el artista, el labrador,
 nobles, pueblo, ricos, pobres
 sin una sola escepcion,
 blancos, negros, verdes, rojos,
 y de promiscuo color
 en las cuestiones políticas,
 en edificante union
 ofrecer vidas y haciendas
 en defensa del honor
 de la patria, de la Reina,
 de la santa religion.

Yo he visto á un infeliz padre
 achacoso, setenton,
 redimir con sus ahorros
 la mala suerte de dos
 de sus hijos y al momento
 que el clamor de «guerra» oyó,
 entregarlos á la patria
 con heróica decision

diciéndoles «¡Morid, antes
 «que regresar sin honor!
 «¡Morid de frente al contrario;
 «no os salveis huyendo, no!

Yo he visto á una anciana madre
 elegir el batallon
 en que tal vez su hijo amado
 pereceria—¡qué horror!—
 dejándola desvalida
 sin otro amparo que Dios.

Yo he visto á hermanos y amigos
 con patriótico ardor:
 á esposas y á amantes tímidas
 con santa resignacion,
 inspirar el ardor bélico
 en las prendas de su amor.

Yo he visto rios de lágrimas
 verter á un pueblo á la voz
 de su prelado que trémulo,
 echaba su bendicion
 sobre las tropas dispuestas
 á lanzarse con precoz
 entusiasmo hácia las playas
 del infame retador;
 y despues el mismo pueblo,
 casi loco de emocion,
 entre algazara y obsequios
 entre alegria y dolor,
 despedir á aquellos bravos,
 honra del nombre español,
 al entusiasmo escitándoles
 unido á la devocion.

En esos dias felices
 vi tambien el pátrio amor
 con ciento y un mil disfraces,
 nuevo Protéo español.

Ya los pueblos y provincias

clases y gremios vi yo:
 ya familias, ya individuos
 ofreciendo galardón
 para premiar los arranques
 de tradicional valor,
 de amistad sublime y santa,
 de entusiasta abnegación.
 Ya también los templos llenos
 para implorar con fervor
 la protección del Altísimo
 de los valientes en pró;
 para rogar por aquellos
 que murieran con honor;
 para inspirar en sus deudos
 cristiana resignación.

Ya convertida en precisa
 caritativa labor,
 la confección de hilas, vendas
 y medios de curación
 para el infeliz herido
 berebere ó español;
 que la piedad forma parte
 del verdadero valor.

Tal conformidad de miras
 —no os canseis—nunca se vió!
 Espectáculo sublime
 que engrandece el corazón!

Vuestras glorias dar podríais
 por contemplar ¡vive Dios!
 cómo resucita un pueblo
 á quien se ofende en su honor!

ROMANCE IV.

CUENTAS.

I.

SUMAS.

(DE ELEMENTOS DE GUERRA: DE MEDIOS DE ACCION.)

El rumor de la tormenta
que hacia el Norte del Estrecho
se formaba, llegó á oirse
del Magreb en los desiertos.
Los moros tambien de guerra
sin duda estaban sedientos,
y gritando en las mezquitas
en los campos y en los pueblos:
«¡Guerra santa á los infieles!
«¡Guerra! Guerra al Nazareno!»
se aprestaron al combate
de despecho y de ira ciegos.
El fanatismo escitóse
en el Magreb por mil medios,
y redoblando el corage
de los ya pasados tiempos,
los moros de su venganza
la hora llegada vieron.

El ejército español
se organizaba en tres cuerpos

á las órdenes del bravo
 Presidente del Consejo
 de Ministros, militar
 valiente, frio, sereno.
 Dió la Reina al bravo Echagüe
 el mando del primer cuerpo;
 el del segundo á Zabala,
 y á Ros de Olano el tercero,
 formándose á prevención
 con Rios un cuarto cuerpo.

Baterías, escuadrones,
 batallones, regimientos
 con soldados, casi niños,
 alentados por el fuego
 que inflamaba por do quiera
 en España hidalgos pechos,
 en Algeciras, en Málaga,
 en Tarifa y otros puertos,
 esperaban la señal
 de lanzarse al agareno.

Aquí cañones rayados
 de alcance y tiro certero:
 allí carabinas rifles
 segun los nuevos modelos;
 acá tiendas, allá camas,
 puentes, trenes de ingenieros,
 nuevos hornos de campaña,
 botiquines y mil medios
 de precaucion ó de ofensa,
 en ordenado concierto
 ó en bellísimo desorden,
 todo, todo estaba presto
 á la voz del general
 O'Donnell que, presidiendo
 tan inmensa batahola,
 levantaba grave y serio
 el pedestal de su gloria,

semejante á Anfiou el viejo
cuando en Tébas con su lira
levantó muros soberbios.

La marina iba mandada
por Bustillos, y el Estrecho
cubierto se vió de velas
y de vapores ligeros,
que, ora conduciendo tropas
provisiones y pertrechos:
ora amenazando al bárbaro,
ó de hospitales sirviendo,
prestar auxilios debían
incalculables, inmensos.

La Europa miraba atónita
tan formidables aprestos,
porque creyendo que el «África
comienza en los Pirineos,»
no nos daba con recursos
con direccion ni Gobierno
para emprender una guerra
con tan buenos elementos.
(¡Despertar al fin veíala
de su letárgico sueño!)

Todo era poco no obstante
para un país cuyo suelo
abrasador y arenoso,
vomitaría guerreros
armados de punta en blanco,
de entre las peñas saliendo,
como Deucalion y Pirrha,
segun ridículos cuentos,
formarse vian atletas
de piedras que echaban lejos:
—que todo eso nuestra España
en casos iguales ha hecho.—

En un país cuyo clima
se diferencia en extremo

del de España, aun á pesar
 de estar tan cerca del nuestro:
 en que iba á hacerse una guerra
 desusada en estos tiempos;
 guerra á muerte, de exterminio,
 de independenciam y de fuero,
 de razas, de religion,
 y de venganza y de celos:
 en un pais además
 de fatídicos recuerdos,
 porque el demasiado arrojó
 siglos atrás, fué funesto
 al bravo Don Sebastian,
 modelo de caballeros,
 malaventurado Rey
 de Portugal que, inexperto,
 en una sola batalla
 pereciera con su ejército.
 Y por fin en condiciones
 bastantes á imponer miedo;
 en la estacion de las lluvias,
 en el rigor del invierno:
 sin abrigos, sin vituallas
 sin caminos y..... sin pueblos!
 ¿Pero qué? ¿qué importa todo
 á un pueblo como el Ibero,
 acostumbrado á domar
 con cien soldados á un reino:
 con un Pizarro al Perú:
 con Hernan Cortés á Méjico?

ROMANCE V.

II.

RESTAS.

(BAJAS DE LOS PRIMEROS ENCUENTROS Y DE LOS HUMOS DE LOS MOROS; DISENTERÍA:
ESCARAMUZAS.)

Se dieron por fin las órdenes;
llegó el suspirado día
diez y nueve de Noviembre
que nuestra Iglesia dedica
á Santa Isabel, y España
á su Reina, émula digna
en nombre, fervor y arranques
de Isabel la Grande, la inclita

Del Estrecho hizo bien pronto
Echagüe la travesía,
y sin detenerse en Ceuta,
al Serrallo se encamina.
Cambia tiros con los moros
de la tribu fementida,
que se alejan al aspecto
de las tropas, y su insignia
clava al fin en el pardusco
torreon de la mezquita
con el escudo de España,
con el leon de Castilla.

Tierra mora era ya aquella
mas... ¡para siempre perdida!

«¡Ultrajásteis nuestras armas
 «en piedra tosca esculpidas!
 «¡En nuestro pendon grabadas...
 «las tendreis siempre á la vista!
 «¡*Alea est jacta!*—Descansen!
 «¡No retrocedo una línea
 «aunque contra mi viniera
 «junta toda la morisma!»
 dice Echagüe á sus soldados
 y el Serrallo fortifica.

Pero las soberbias olas
 del Océano horrorizan.

¡Con tiempo los elementos
 á ser contrarios principian!

¡Echagüe quedaba aislado:
 su posicion era crítica!

¡Tenia en frente un Imperio
 y el mar á su espalda hervía!

Echagüe lo vé sereno;
 que no ha temblado en su vida.

O'Donnell se desespera
 desde la española orilla.

No se duerme en tanto el moro.
 Con horrible algarabia
 la tribu entera se lanza
 contra el leon de Castilla.

Y el éxito era dudoso
 porque el soldado creia
 con trastos, que no con hombres,
 luchar. ¡Tremenda embestida!

El asco muy mas que el miedo
 al español intimida:

que, matando moros, cree
 matar mas bien..... sabandijas.

El valor de aquellas fieras
 era fanático: su ira

no se parece al coraje
que nobles pechos anima.
Pero... ¡qué horrible es su ímpetu!

Sin miedo á la artillería,
se arrojan sobre el reducto;
se abrazan á la mortífera
pieza, gritando feroces:
«¡Cañon mia: cañon mia!»
y aplicada la espoleta,
al aire van hechos trizas.

.
.

¡Oh qué espantoso desórden
¡qué horrible carnicería!

Cadáveres mutilados,
espingardas y gumias
cubren el árido campo
de la canalla precita,
y el español victorioso
himnos canta de alegría
atrincherando la altura
sin temor á la fatiga.

Sus posesiones flanquea
construyendo en las vecinas
alturas (donde espontáneo
laurel florece, divisa
del valor,) fuertes reductos
que entre frenéticos vivas
á la Reina, al Rey, al Principe
y á la Princesa dedica.

El escarmiento primero,
lejos de enfriar, irrita
la tribu que sus aduares
solo pierde con la vida.
Pero mientras que prepara
su venganza con doble ira,

el mar permite ya el paso
 á las tropas de Castilla
 y cruza la mayor parte
 el Estrecho en solo un dia.

Oportuno fue el auxilio,
 porque á bandadas se vian
 pulular, entre los árboles
 de la Sierra, las fatídicas
 sombras de los defensores
 del Profeta, cuya vista
 produce ya en los soldados,
 mas que miedo, bulla y risa.

Una vez y otra acometen
 con bulla y algarabía
 los reductos: mas con suerte
 tan contraria, tan esquiva,
 que por cada baja nuestra
 habia mil en sus filas.

Ya el soldado cobra alientos;
 ya el reptil no le intimida:
 y aun que el muslim no decae,
 —se le debe esta justicia—
 no parece ya prudente
 estar á la defensiva.

Al arma blanca cargamos
 espantando á la morisma,
 que, cortada y sin defensa,
 antepone á la ignominia
 de la derrota, la muerte,
 y en la mar se precipita.

Ya sus humos van cediendo
 aunque su rencor subsista:
 (Si en el *Debe* tiene injurias
 en el *Haber* hay palizas.)
 Ya la bayoneta cree
 casi igual á la gumía:

ya sus refuerzos aguarda:
 ya sus ataques combina,
 y al abrigo de las peñas,
 y en el bosque guarecida,
 como si de plan variara,
 sin cesar nos hostiliza.

Mientras tanto los rigores
 de la estacion y del clima,
 los encuentros repetidos
 y las continuas vigili-
 as, producian en el campo
 español algunas víctimas,
 y el General viendo ya
 su posicion defendida,
 y aniquilada y desecha
 la tribu á Ceuta vecina
 —causa y víctima á la vez
 de aquella guerra mortífera—
 se resuelve á dar un golpe
 que... hiriendo al Islamita
 en el corazon, abriera
 nuevos campos á la liza.

Entre la mar y la sierra
 se estudia, traza y practica
 por el cuerpo de Ingenieros
 una improvisada via
 que abriese paso al ejército
 del Negron hasta la cima.

Los marroquíes ocultos
 en las breñas ofendian
 sin peligro á los obreros,
 y en tal caso era precisa
 contra astucia, astucia y media.

Acercándose á la orilla
 nuestras lanchas cañoneras
 arrojaban por encima

de las obras, bombas, cohetes
que los moros pretendian
cojer, pero que, estallando
y esparciendo muerte y ruina,
á las cumbres de los montes
retirarse les hacian.

Las dificultades crecen:
Cabo Negro se aproxima
y el General grave y sério
«¡Constancia hijos míos!»-grita-
«¡Desde aquel monte pelado,
«Tetuan tendreis á la vista!
«¡Tetuan! la ciudad sagrada
«de esta canalla que os mira.
«Cuando en ella esteis los moros
«¡Paz! clamarán de rodillas!»

ROMANCE VI.

III.

MULTIPLICACION.

(DE ENEMIGOS, DE OBSTÁCULOS: DE PELIGROS, DE VICTORIAS.)

Asi principiaba el año
mil ochocientos sesenta.
Nosotros poquito á poco
avanzando hácia la sierra;
ellos refuerzos inmensos
recibiendo entre las breñas,
con el secreto designio
de acometer cuando vieran
fraccionado nuestro ejército,
acorrallarse entre peñas,
desfiladeros y montes
y del mar la valla inmensa.

Pero O'Donnell les permite
alhagar estas quimeras
para que así el desengaño
haga más, mucho más mella.

En Castillejos se lanzan
los moros á la pelea:
en Castillejos combaten
con terquedad, y ya cuentan
con tropas asalariadas,
con direccion, con banderas,

(El bizarro Pedro Mur
descubre un alférez: cierra
con él, y á cuatro mandobles
le arranca... ¡vida y enseña!)

Todo un dia duró el fuego,
y, si otro Josué apareciera,
en tiendas morunas todos
nuestros soldados durmieran.

El impertérito Prim
fué allí el héroe de la fiesta.

¡Qué impavidez! ¡Qué bravura!
¡Qué oportunidad! ¡Qué arenga!
¡Cómo á los suyos anima!
¡Cómo á los moros aterra!
No es á fé para olvidada
una leccion tan severa.

.

Prosiguen las maniobras;
escálase al fin la Sierra
y en Monte Negron al cabo
nuestros pendones ondean.

Como si el aire y el agua,
como si el cielo y la tierra
obedecieran sumisos
á contrarias influencias,
desencadénase airada
la ya temida tormenta:
anégase el campo: cruzan
por el aire las centellas:
el huracan formidable
de cuajo arranca las tiendas:
las olas del mar, rugiendo
contra las rocas se estrellan,
y embrabecidas despiden
á la playa nuestras velas:
el firmamento parece

que se desploma, y aterran
la oscuridad..... los peligros.
¡Qué noche; qué noche aquella!
En Méjico Hernan Cortés
otra parecida cuenta.

.....
Pero el soldado se rie
de augurios y de consejas.
Sumiso á Dios, ha rezado,
y tranquila su conciencia,
cuando el agua cubre el campo,
cuando se ve sin su tienda,
templa la ronca guitarra
y, al aire, entona rondeñas,
apostrofando así al moro,
como si el moro le oyera.

«¡Ya lucirá un nuevo sol!
«¡Ya veremos si me esperas!
«¡No te vale el mismo infierno
«aunque pactos con él tengas!»

No basta empero el coraje
contra tanta y tanta prueba.
El ambiente queda impuro:
la respiracion es lenta;
la disenteria es cólera:
los víveres escasean,
y no pudiendo cruzar
los buques la mar soberbia,
hasta el hambre y su cortejo
de horrores—¡ay!— nos rodean.

¿Qué hacer en este conflicto?
Volver algun cuerpo á Ceuta,
para conducir al campo
vituellas, es una empresa
arriesgada en sumo grado.
¿Avanzar?...—No nos remedia.

¿Sostenerse?...—Es imposible.

¿Retroceder?...—Una mengua.

Pero Prim en el Consejo

«¡Yo voy á Ceuta por tierra!»

dice con fiera energía,

y su plan por fin se acepta.

Por fortuna cambia el viento

y Bustillos ya no espera

á que la mar se serene:

prevee el conflicto, y ordena

que se dispare en seguida

el cañonazo de leva.

¡O'Donnell confía en él!

Desde la cúspide inmensa

del Cabo, tiende el anteojo

con angustiosa impaciencia

y descubre al fin—¡oh dicha!

en el horizonte velas.

«¡Ya está allí Bustillo!» exclama

«¡Bustillo es... la Providencia!»

Penosas marchas aguardan

por la cenagosa vega.

Cada dia hay un combate.

La famosa guardia negra

entra en lucha... y es batida

del Califa en la presencia.

Se defienden con arrojo

las posiciones, y apenas

se da un paso sin que riegue

sangre de bravos la tierra.

Pero los que no pudieron

contener nuestra impaciencia

en las gargantas del Cabo,

en los pasos de la sierra,

en vano luchan en campo

ya mas despejado. Mientras

el ejército adelanta
 con lentitud por la vega
 Bustillos los baluartes
 de la ría cañonea;
 arroja de allí á los moros;
 clava en ellos su bandera,
 y llega por fin O'Donnell
 á establecerse á una legua
 de la sagrada ciudad.

Fortifícase y espera
 el desembarco difícil
 de la artillería gruesa.

A no muy larga distancia
 y en posición estratégica,
 Muley-Abbas tiene el campo
 de Tetuan en las afueras,
 defendido por pantanos,
 por cañones y trincheras.

Dá una brusca acometida
 al reducto de la Estrella,
 y perdiendo tiempo y gente,
 vuelve arrollado á sus tiendas.

¡Luce el cuatro de febrero!
 La catástrofe se acerca.
 Por el río Martín suben
 cuatro lanchas cañoneras
 á secundar el ataque
 y proteger nuestra izquierda.

Desplégase en la llanura,
 dando frente hácia la sierra,
 todo el ejército en masas
 de impaciencia y de ardor llenas.

La artillería delante
 del reducto de la Estrella:
 (Los tercios de Cataluña

forman por la vez primera.)

Suena el toque de diana.
 Hienden el aire las secas
 detonaciones del bronce:
 acuden á la trinchera
 los moros tambien con ánsia
 de vengar tantas afrentas.
 Converjen á un mismo punto
 los fuegos de treinta piezas
 que apagan los de las moras.
 Sus parapetos flaquean;
 y entre los moros atónitos
 el terror se enseñorea.

Aprovechando el espanto
 de aquella horrorosa escena,
 O'Donnell manda avanzar
 las masas á la trinchera,
 como quien manda en parada.
 ¡Tan seguro el triunfo cuenta!

Es un momento supremo.
 Los tambores, las cornetas
 y las músicas repiten
 el toque de calacuerda:
 marchan las tropas por medio
 de pantanos en correcta
 formacion, el arma al brazo
 y la esperanza en Dios puesta.
 Prim se encara á sus paisanos
 y en catalan les arenga:
 mete espuelas al caballo;
 salva el foso y una tronera
 le abre paso al campo moro
 donde, rayo de la guerra,
 acuchilla á los que escapan:
 y fascina á los que quedan:
 corta, raja, pisa, arrolla:
 extermina y atropella.

Los catalanes le siguen,
y en breve sus bayonetas,
en sangre tintas, la muerte
de sus propios jefes vengán.

La resistencia es muy corta,
ineficaz, pero..... terca,
y los desdichados moros,
refugiándose en la sierra,
abandonan á los nuestros
banderas, cañones, tiendas,
tres campos atrincherados
y... la ciudad sin defensa!

O'Donnell marcha orgulloso
del Califa hasta la tienda:
mira á Tetuan y á los suyos
dirige esta breve arenga.

«¡Muy bien! Estoy satisfecho!

»¡Mañana Tetuan es nuestra!

»¡Gloria al ejército invicto!

»¡Honra á Dios! ¡Viva la Reina!»

ROMANCE VII.

IV.

DIVISION.

(DISCORDIAS ENTRE LOS MOROS HASTA LA PAZ.)

No bien del campo enemigo
 se apoderan nuestras tropas,
 invaden la ciudad santa
 las tribus—mejor—las hordas
 del príncipe Sidi-Admet,
 no para morir con gloria
 sepultadas entre escombros,
 como en edades remotas
 Numancia y Sagunto hicieron
 envaneciendo á la historia,
 ó para ceder por hambre
 tras de resistencia heróica,
 como Gerona la invicta
 y la inmortal Zaragoza
 en la edad presente, siendo
 el asombro de la Europa,
 sino por vengar su afrenta,
 para desahogar su cólera
 en seres inofensivos,
 en judios casi ilotas,
 convirtiendo así en baldon
 lo que solo era derrota.

Muley-Abbas, mas sensato,
 sucumbir quiere con honra,
 y, convicto de impotencia
 ante la hueste española,
 al nuevo Sultán propone
 medidas conciliadoras.

Entre tanto de Tetuan
 la crisis era espantosa.
 Aterrado el pueblo todo:
 desenfrenadas las hordas;
 entre ruinas, fuego, y hambre
 la amenaza aterradora
 de un bombardeo, un asalto,
 y por término la odiosa
 dominación extranjera,
 tanto el espíritu apocan
 que no se sabe qué mal
 conjurar primero importa.

Sin embargo, del hispano
 la hidalguía es tan notoria,
 que entre judíos y moros
 una comisión se nombra
 que del conde de Lucena
 á la clemencia se acoja.

No fué vana su esperanza.
 El noble capitán odia
 la efusión de sangre inútil,
 y la rendición otorga
 sin más que las precauciones
 indispensables en todas.

La comisión vuelve ufana;
 los malvados abandonan
 la ciudad y al fin sus llaves
 en poder de O'Donnell obran.

El día seis en la plaza
 los españoles se alojan.
 ¡Qué espectáculo! ¡Qué horrores!

Por calles sucias y lóbregas
 se ven regueros de sangre,
 cadáveres, muebles, ropas,
 restos de inmundo pillaje
 de aquellas infames hordas
 que sin pelear huyeron.....
 ¡Digna hazaña de tal tropa!

Al paso de las columnas
 un pueblo entero se agolpa
 pidiendo... ¡pan!—y el soldado
 que, momentos antes toma
 su racion, sobre la marcha,
 no la mitad, la dá toda.
 (¡Toda! Rasgo muy propio
 de la hidalguía española.)

En la soberbia Alcazaba
 el pendon hispano flota.
 Venérase en la mezquita
 la virgen de las Victorias,
 y... para evitar la peste
 y purificar la atmósfera,
 el conquistador se afana
 en introducir mejoras
 de policia y ornato
 que al judio, al moro asombran,
 al mismo tiempo que en breve
 la calma á sus pechos torna.

Retrocedamos un poco
 porque saber nos importa
 el efecto que en los moros
 hizo su última derrota.

Llegada que fué á la córte
 la nueva, de boca en boca
 circula, tanto más grave

cuanto era mas misteriosa.

Los pusilánimes temen:
 los muties alborotan:
 los cortesanos achacan
 á impericia la derrota:
 los incrédulos se atreven
 al gran profeta Mahoma.

Todo es confusion, desórden:
 Todo ruido y batahola.

Allí ya nadie se entiende
 ni se hace cosa con cosa.

El Sultan atribulado
 perdida vé su corona,
 si resiste, á impulso nuestro;
 si pide la paz, por sordas
 maquinaciones que el trono
 minan allí á todas horas.

Reúnense los Ulemas.
 Todos á la vez peroran.
 Emítense allí doctrinas
 absurdas, contradictorias.
 Vence por fin el partido
 mas pacífico, y se adopta
 la opinion de Muley-Abbas
 por sensata y previsorá:

«Cuanto más la guerra dura
 »tanto es la paz mas costosa»

Propónese al Gran cristiano,
 —de esta suerte á O'Donnell nombran—
 que se concierten las bases
 de una paz estable, honrosa.
 Celébranse conferencias;
 pero siendo graves y hondas
 las heridas temerarias
 inferidas á nuestra honra,
 las condiciones es fuerza
 que aseguren—¡poca cosa!—

desagravios, garantías,
alguna ventaja y... costas.

El orgullo marroquí
se ofende, no se acomoda,
y los emisarios salen
pronosticando espantosas
consecuencias. En efecto
los de Fez se envalentonan.
Escítase el furor bélico
hasta el fanatismo, y toman
proporciones colosales
las medidas que se adoptan.
Los moros de rey se esparcen
por los campos, y al fin tornan
á las filas con las tribus
dispersas antes y rotas.

Con formidables aprestos,
en muchedumbre espantosa,
hácia Tetuan se aproximan
provocando nuestra cólera.

O'Donnell sale á su encuentro
y en Samsá de nuevo doma
la altivez de sus contrarios.

La paz nuevamente invocan.
O'Donnell no cede un ápice.

En el Fondack amontonan
obstáculos formidables
que á nuestro paso se opongan
creyendo así defendido
á Tánger ¡Ilusion loca!

Muley-Abbas aconseja
«Paz y paz á toda costa.»

La córte ceder no quiere,
y un nuevo General nombra
que intente un supremo esfuerzo;
pero en Vad-Rás vida y honra
pierde el famoso caudillo

y su mas grave derrota
sufre el ejército moro.

Cualquier paz le es ventajosa,
y acepta las condiciones
que antes desechára. ¡Oh glorial!

Así cede un toro en plaza
al diestro que le desloma.

ROMANCE VIII.

V.

ELEVAR Á POTENCIAS.

(JUICIO DE EUROPA ANTES Y DESPUES DE LA CAMPAÑA.)

El ánsia de novedades
que aqueja al presente siglo:
la costumbre de terciar
en reyertas de vecinos
para evitar que la humana
sangre corra por capricho,
y tambien la conveniencia
de no alterar el pacífico
desarrollo de los gérmenes
de riqueza y poderio
que cada nacion encierra,
escitaron un legítimo
interés en toda Europa
al comprender que el sufrido
carácter de nuestro pueblo
se sublevaba y á gritos
pedia venganza y guerra
contra su torpe enemigo.

Parecia tan extraño,
aunque lógico, el conflicto,
que así habló según se dice
un calificado título:

«No llegará de seguro
 »la sangre española al río.
 »Cansada de las discordias
 »que en su seno promovimos,
 »la pobre España no está
 »para meterse hoy en lios.
 »En Méjico y Venezuela
 »sufre insultos repetidos:
 »en Europa pesa poco
 »en lo que va de este siglo
 »su opinion, en la balanza
 »del general equilibrio.
 »Fué poderosa y... minándola,
 »su poder al suelo vino.
 »Aniquilamos su escuadra:
 »tenemos el pié en su mismo
 »territorio, y... sus esfuerzos
 »contra el coloso del siglo,
 »no en su pró—como era justo—
 »sino en el nuestro, han lucido.
 »¡Pobre España; no tiene hombres!
 »¡No habrá guerra: yo lo afirmo!
 »Cuatro notas diplomáticas,
 »amansarán sus instintos
 »guerreros, y si no bastan
 »—que sí bastarán, de fijo—
 »cuarenta y cuatro millones
 »nos deben: se los pedimos,
 »y aquí paz y despues gloria:
 »para darlos no hay *cum quibus*
 »y... sin dinero, no hay guerra.»

Pero... ¡la errastes amigo!
 Toma: toma tu dinero:
 Tómalo y ten entendido,
 que España tiene su historia,
 que orgullo tienen sus hijos;

modelo son de cordura,
 mas tambien de patriotismo,
 y si sufre con paciencia
 de sus yerros el castigo,
 dia llegará y no tarde,
 en que cese su ostracismo,
 en que vuelva por sus fueros,
 en que tiemblen sus... *amigos*:
 en que solvete sus deudas
 y borre agravios antiguos.

Lo difícil se ha logrado:
 despertar el leon dormido.
 ¡Guerra sorda no hará nunca!
 que le sobra aliento y brio:
 que es *leon*, no es *leopardo*:
 es valiente, no es ladino,
 y podrá muy bien *cazado*
 pero nunca ser *vencido*.

Aguarda un poco y sabrás
 el fin del cuento. ¡Es bonito!

Sacudiendo el leon hispano
 su melena, fiero, altivo,
 se dirige á su contrario,
 le contempla de hito en hito,
 y, encontrándole dispuesto
 para luchar, en sus mismos
 arenales le provoca:
 riñen, vence. ¡Esto es magnífico!
 Veinticinco veces luchan:
 solo triunfa... ¡veinticinco!

Europa mira asombrada
 lo que contempla un prodigio:
 duda: para convencerse
 envia á la lid *testigos*,

dispensándonos una honra
de que nos creia indignos.

Un príncipe¹, generales,
corresponsales activos,
lores, curiosos y artistas
ven la campaña en sus íntimos
pormenores, y confiesan
que somos aquellos mismos
que en Italia y en América
asombro del mundo fuimos:
que la razon era nuestra
y nuestra la gloria ha sido.
(Viendo el príncipe zurrar
la badana de lo lindo,
sintió tambien comezon
—¡Vive Dios!—de hacer lo mismo,
y en verdad no fué perdida
la leccion para aquel niño:
—«Prometes, chico, prometes,»
el grave O'Donnell le dijo.)

El buril, la voz, la pluma,
instrumentos de sus juicios,
elogios no mas trasmiten,
elogios muy merecidos,
para el caudillo sereno,
previsor y decidido,
que doma el orgullo necio
de un enemigo tan discolo,
y como buen padre cuida
del bienestar de sus hijos;
para el general, que corre
el primero hácia el peligro;
para el oficial, que admira

¹ El Conde de Eu.

con su arrojo... ¡y es un niño!
 para el soldado, que lucha,
 con sin igual heroísmo,
 con el moro á cintarazos,
 contra el cansancio con vino,
 contra el hambre y la inclemencia
 con... rondeñas y zorcicos.

Regresan á la Península
 los supradichos testigos,
 y, acompañando al ejército,
 presencian aquel delirio
 —que no hay pinceles que pinten
 ni plumas jamás ha habido—
 con que el pueblo todo acoge
 al hijo del pueblo, invicto,
 y unánimes nos conceden
 en el campo aliento y brío,
 en la corte y en la aldea
 entusiasmo, patriotismo,
 y tratándose de cuentas,
 cuentas claras, juego limpio.

Y Europa su error conoce,
 y á España vuelve el prestigio
 que en ley y en conciencia debe
 gozar por siglos y siglos.

ROMANCE IX.

VI.

EXTRAER RAICES.

(CONDICIONES DE LA PAZ.)

¡Tenemos la paz firmada!
Veamos las condiciones
que erguido el vencedor dicta
y dócil el moro acoge,
como tremendo castigo
de tantas provocaciones
y saldo de tantas cuentas,
de tanto y tanto desórden;
como penitencia justa
de atentados tan atroces
como la Europa lamenta
en cuatro siglos de horrores
cometidos por un pueblo
que conserva solo el nombre
de sus gloriosos abuelos
y olvida sus tradiciones.

Escarmientos repetidos
á España el deber imponen
de ser cauta y exigente
en pró de los españoles,
ya que su sangre han vertido,
ya que han gastado millones,

ya que han sufrido trastornos...
Mas no alteremos el orden.

Para que en lo sucesivo
queden nuestras posesiones
del Africa garantidas
de insultos de aquellos dropes,
se ensancharán mas sus límites.
Caidés (gobernadores),
con tropas disciplinadas,
custodiarán los mojones,
y un campo neutral en medio
evitará todo choque.

En Santa Cruz la pequeña
—ó de Agadir, que es su nombre,—
tiempos atrás, pesquerías
tuvimos los españoles.
Podremos restablecerlas
cuando así nos acomode,
construyendo allí barracas,
pueblo, fortificaciones.

En asuntos de comercio
tendremos, sino mayores,
tantas ventajas al menos
como el pueblo que mas logre.

Como consecuencia lógica,
tendremos en Fez, ó en donde
parezca mas oportuno,
un embajador que abogue
allí por nuestro comercio,
y estreche las relaciones
que á entrambos pueblos convienen
mas que sus viejos rencores.

En sus tratos nunca olvida

— ¡la historia lo dice á voces! —
 España, la sacrosanta
 religion de sus mayores,
 ¡la sola que hay verdadera!
 Sus intereses pospone
 á los intereses de esta,
 con la esperanza de que obre
 la luz de la fé sus frutos
 en infieles corazones.
 La propaganda española,
 desinteresada y noble,
 penetra con sus soldados
 en incógnitas regiones.
 Su dominacion caduca
 cuando el cielo lo dispone;
 pero su doctrina arraiga
 entre aztecas é igorrotos,
 entre paganos é idólatras,
 hasta en entrañas de bronce,
 y el pueblo que se emancipa
 sigue adorando al Dios hombre.
 (¡Que nos disputen tal gloria
 los filántropos del Norte,
 que solo al becerro de oro
 tributan adoraciones!)

Con arreglo á esta costumbre,
 entre los moros feroces
 y al abrigo de sus leyes,
 tendremos en Fez misiones.
 En Tetuan habrá una iglesia
 donde el cristiano se postre
 á rezar por sus hermanos
 cuando el moro la recobre.

Por un arrojito imprudente,
 ó arrancados por la noche

de los puestos avanzados,
 cayeron algunos pobres
 españoles prisioneros.
 ¡Horrorizan sus atroces
 sufrimientos! Los que vivan
 deberán volver incólumes
 á respirar aire libre,
 y á referir los horrores
 de que han sido tristes víctimas
 por no renegar del nombre
 de cristianos, honra y gloria
 de todos los españoles.

La parte mas lastimosa
 reservamos para postre:
 la contribucion de guerra,
 los cuatrocientos millones
 de reales que aprontar deben
 en oro, en plata ó... en cobre.

Cuentos, sin duda extractados,
 de las Mil y una Noches
 se hacen lenguas de un tesoro
 que en cantidades enormes
 de oro, plata y pedrería
 con palas manejan hombres,
 arrojándolos por alto
 al interior de una torre
 de Mequinez, misteriosa,
 con una puerta de bronce,
 cuya llave solamente
 guardan los emperadores.

¡Abran la torre encantada!
 ¡Veamos esos millones!
 Justo es que el Tesoro pague
 los yerros de áulicos torpes.

Mas... los plazos que se piden,
 y un refran que aquí conocen

todos, me dan mala espina:
 ¡sospecho que no hay tal torre!
 Es un resábío oriental:
 ¡bambolla, trapo, visiones!

Mientras el haber se salda
 por completo— ¡está en el orden! —
 Tetuan y su bajalato
 son dominios españoles
 como una prenda pretoria.

Tetuan—estamos conformes—
 Tetuan ganará, y no poco,
 más que sus conquistadores;
 pero al cabo los infieles
 la llaman sagrada y noble,
 y no pudiendo con ella
 á viva fuerza, los pobres
 para recobrarla pronto,
 han de hacer esfuerzos dobles,
 y... saldaremos las puertas,
 y la hermosa paz entonces
 iluminará á la España
 con sus vivos resplandores.

ROMANCE X.

LO LÓGICO Y LO PROBABLE.

Para calcular los frutos
que se deben esperar
de la guerra terminada
con tanta felicidad,
forzoso será los ojos
volver un poco hácia atrás.

Lo mismo que las personas
los pueblos suelen guardar
rencores que cuesta mucho
convertir en amistad,
porque este cambio requiere
—y siempre requerirá—
en unos, convencimiento
de haber procedido mal;
en otros, moderacion;
en todos, sinceridad,
razon fria, gran prudencia,
patriotismo y... algo más.

Ahora bien: moros del diablo
del vecino litoral,
si juzgais á España vuestra,
porque en ella dominar
lograron por mucho tiempo
vuestros padres, ¿no es verdad
que el recuerdo está incompleto?

El afan de conquistar
 trajo aquí á Tarik y á Muza:
 el afan de libertad
 nos valió la independenciam.
 ¿Hay cosa mas natural?
 El flujo os guió hácia España:
 el reflujo os hizo atrás.
 Contra un principio inconcuso
 es temerario luchar.
 Pero quedamos vecinos,
 y siempre la vecindad
 es mas útil, si es pacífica,
 que propensa á regañar.
 El que con vecinos riñe,
 ¿con quién piensa estar en paz?

El interés, que es la clave,
 de este mundo material,
 ¿no os dice, moros del diantre,
 que os podemos enseñar
civilizacion moderna,
 que no aprenderéis jamás
 si os cerrais en la huronera
 y en la vida montaraz?
 Pues qué, ¿tiene el mundo en vano
 cuatro mil años y más?
 ¿Viviremos siempre, siempre
 como nuestro padre Adan?
 No señor; es instintivo
 el afan de progresar,
 y vuestros mismos abuelos
 testimonio de ello dán.
 Cuando reinaban ufanos
 en Córdoba y en Bagdad,
 eran tan nobles, tan ricos,
 tan sábios como el que más.
 Al cabo llegó su hora;

¡qué le hemos de remediar!
 Y si al fin en la era nueva
 habeis por fuerza de entrar,
 ¿quién mejor, quién, que nosotros,
 quién mejor os guiará?
 Verdad es que somos *poco*;
 que antes hemos sido más;
 que hemos cometido errores
 —alguno muy garrafal;—
 que somos tontos á veces;
 que nos suelen engañar
 unos zorros muy maestros
 que viven de eso, y que dan
 gato por liebre, cubriéndole
 con falsa exterioridad,
 con *papeles de colores*
 á gusto de cada cual,
 porque sus fábricas tienen
 fama por su variedad:
 verdad es que van delante,
 no por mucho madrugar,
 (que más lo hicimos nosotros
 —patente la historia está,—
 solo que no habia aun
 suficiente claridad:
 caminamos en tinieblas
 y hubimos de tropezar;)
 sino porque son muy duchos,
 es su instinto muy sagaz.
 Pero este no es un obstáculo,
 porque... ¿qué médico dá
 á un enfermo estenuado
 mucho á la vez que tragar?

Podeis tomar de nosotros
 tolerancia, humanidad,
 civilizacion, mejoras,

ciencias, artes... ¿quereis más?

Una religion tenemos,
divina, que puede dar
quince y falta á la primera.

¿Qué vale vuestro Alcorán
al lado de nuestra Biblia?

.
.

No vayais á sospechar
que el cristianismo se estiende
á cintarazos... ¡No hay tal!

La persuasion es nuestra arma,
predicamos la verdad,
y la verdad triunfa siempre,
tarde menos, tarde más.

A un lado, pues, los rencores,
y... pelillos á la mar:

obrasteis mal; lo purgasteis;
aprended y escarmentad.

Pero... seamos amigos.

Si os parais á meditar
qué amistades os convienen,
ninguna os conviene más.

En vuestros tratos, ninguno
encontrareis mas leal,
y la lealtad fué siempre
la base de la amistad.

No somos exclusivistas:

el afan de comerciar

no nos precipita nunca

si nos mueve á causar mal.

Comerciamos—no explotamos,—

ganando menos ó más

con géneros—no con sangre,—

con nobleza, sin ruindad.

Do ut des: esta es la regla.

Contrato bilateral.
 Quien más arriesgue más gane,
 ganando ambos á la par.

¡Pero me fatigo en vano!
 Dice un antiguo refran:
 «De los sordos el mas sordo
 »es quien no quiere escuchar.»

El egoismo es un vicio
 que alcanza á un extremo tal,
 que se vale hasta del odio
 de los pueblos sin piedad.
 Y... como está muy reciente
 la humillacion del Islam,
 y el egoismo os azuza...
 ¿cómo es posible llegar
 á extinguir con racionios
 esa prevencion fatal
 que nos divide hace siglos,
 que no concluirá jamás
 mientras la luz os ofenda,
 mientras los ojos no abrais?

Pero si del mal consejo
 os dejais por fin llevar,
 os advierto—soy muy franco—
 que en muy mal terreno estais.

No nos asusta la guerra
 —lo sabeis por vuestro mal;—
 no la queremos por gusto,
 ni por afan de ensanchar
 nuestros dominios, que al cabo
 tenemos tierra de más,
 y en casa hay mucho que hacer.
 Nos conviene más la paz.
 Pero tened entendido

que si de nuevo os lanzais
 á la palestra y al fuego,
 de nuevo os vais á quemar.
 El furor es torpe y ciego
 y el fanatismo aun más.
 La razon vá con nosotros,
 ¡y la razon... triunfará!

APÉNDICE

UNA PARTIDA DE TREINTA TANTOS AL BILLAR ENTRE ESPAÑOLES Y MARROQUÍES (a).

(HABLA UN SARGENTO DE ALMANSA, ANDALUZ, CON UN MORO DE REY, EN EL
PUENTE DE BUSEJA, DESPUES DE FIRMADOS LOS PRELIMINARES DE PAZ.)

Hacia mucho tiempo
que ibais buscando
lo que en España llaman
tres pies al gato.
Por fin en Ceuta
arrojasteis al suelo
nuestra *taquera*.¹

Era ya mucho abuso,
y en tal conflicto
preciso fué comienzo
dar al partido.
Cogimos *taco*
y... el Serrallo perdisteis;
esto es, *la mano*.²

(a) Cuando se escribió esta composición para solemnizar la entrada en Bugos de las tropas vencedoras, la sola designación de fechas bastaba para comprender las alusiones. Hoy, que desgraciadamente vá borrándose el recuerdo de aquellas glorias, el autor cree necesario mayor número de notas y que estas sean mas expresivas.

¹ La *taquera* está considerada en esta composición como el símbolo de la honrilla del jugador.

² La *mano* es el derecho de hacer la primera jugada, y se disputa con gran interés. El autor llama aquí *mano* á la toma del Serrallo, que se verificó sin efusión de sangre.

Adversario muy terne,
pero galante,
os cedió la *salida*¹

Rafael Echagüe.

Disteis... *errada*;
de primera él os hizo
palos... y *á casa*.²

Para daros idea
de nuestro juego,
un dia hicimos *palos*
de *retroceso*:³

De mucho mérito,
como que fué *jugada*
de *taco seco*.⁴

Mucho vale la fuerza,
no hay que dudarlo;
pero más todavia
tener *buen taco*:

Y el *taco* nuestro
era un *taco de piezas*,⁵
taco soberbio.

Teniais pretensiones
de jugadores;
pero en el juego *nuevo*

¹ Ceder la *salida* es casi siempre un acto de galantería. En este verso significa que los españoles aguardaron en el Serrallo los ataques del contrario.

² Alude al primer encuentro con los moros, en que los españoles, despues de dar una carga á la bayoneta, se replegaron á los reductos.

³ Refiérese el autor al ataque dado el 23 de noviembre, en que las tropas de España arrollaron á los moros hasta el boquete de Anghera, y despues, fingiendo una retirada desordenada, los atrajeron al llano, donde fueron cortados y batidos hasta el punto de que los marroquíes, por no rendirse, se arrojaron al mar en el sitio denominado bahía de Benzú.

⁴ Elógiase la evolucion anterior, porque la lucha y la victoria se obtuvieron al arma blanca. Los presidiarios de Ceuta se batieron á navaja.

⁵ Alude á la artillería, y elogia el armamento de las tropas.

sois muy *chambones*.
 Jugais muy fuerte:
tacazo y mas *tacazo*...
 Nosotros... *temple*.¹

Conocias la *mesa*²
 perfectamente,
 y os decian por fuera:³
 «esto os conviene.»

En *juego limpio*
 no son mucho mas fuertes
 vuestros amigos.

Nosotros somos gente
 de mucha flema;
 rara vez nos metemos
 en *mesa* ajena.

Pero, ofendidos,
 nos lanzamos al juego
 decente y *fino*.

Teniais por aliado
 todo un—¡¡Hay!!—*mozo*
 que cambiaba el tanteo.⁴

No aludo al cónsul
 que habia en Tánger;
 pero el *Hay*, aunque es queja,
 quede con H.

¹ En toda esta estancia se pondera la ventaja de la estrategia y la disciplina sobre la manera de guerrear de los marroquíes.

² Alude al país, por haberse hecho la guerra en territorio completamente desconocido para los españoles.

³ Refiérese á los consejos y auxilios que los moros recibian de los ingleses establecidos en Tánger.

⁴ Alude al cónsul de Tánger, que se llamaba Mister Drumont *Hay*, al cual se achacaban públicamente las noticias que aparecian en los periódicos de Gibraltar, y de las cuales resultaban como favorables á los moros todos los encuentros en que venciamos.

Pero—volviendo al *juego*—
 poquito á poco
 preparamos *jugadas*¹
 de tomo y lomo:
Palos de efecto,
 que llamabais de *trampa*,²
 camino abrieron.

Cansados de la nuestra
 fuisteis al *mingo*,³
 logrando así poneros
 mas en ridículo.

Fué una gran *piña*:
 sin hacer *carambola*
 perdisteis *billa*.

Ocupabais preciosos
 desfiladeros,
 que guardar no supisteis
 en Castillejos.

Prim intentó
 una *pérdida fuerte*⁴
 que se *azaró*.

¹ Camino del Negron.

² Los moros llamaban balas de *trampa* á las granadas que caian entre ellos, haciendo la explosion cuando acudian á cogerlas, y escarmentados dejaron de hostilizar á los ingenieros que abrian paso para la artilleria á través de la maleza y barrancos.

³ El *mingo* es la tercera bola que sirve indistintamente á ambos jugadores. Alude, por tanto, el autor á las escuadras francesa é inglesa fondeadas á la vista de los combatientes, sin tomar parte en la contienda, y principalmente á la francesa, porque, habiendo cañoneado á una fragata de esta nacion los fuertes de la ria de Tetuan, fueron estos hostilizados y casi desmantelados por aquella. Llama *piña* al error diplomático en que incurrieron los moros, atrayéndose aquellos nuevos enemigos.

⁴ En la batalla de 1.º de enero, algunos húsares penetraron en el campamento marroquí, y el cabo Pedro Mur llegó á coger una bandera. Se dice que se *azaró*, porque los clarines tocaron retirada y no se sacó fruto inmediato del terror que produjo en el campamento aquella arrojada carga de caballeria.

El Negron, Capitanes,
 fueron *tacadas*
 en que, *no haciendo golpe*,
 —claro— *os quedabais*.
 Solo con *suela*¹
 se detiene la *bola*
 cuando se quiera.

Llevábamos ventaja
 de muchos *tantos*,
 cuando os parapetasteis
 en los pantanos:
*Recodo doble*²
 el encanto deshizo
 y... buenas noches.

Remachones, dobletes,
saltos y tablas,
pasa-bolas al mingo,³
golpes y á casa;
Tiza y efectos...
 ¡qué soltura de taco;
 cuánto floreo!

La *tablilla* marcaba
 ya diez y nueve,
 y estabais *zapateros*,⁴

¹ Toda esta estancia critica el sistema de ataques bruscos y desordenados de los marroquíes, en los cuales, no obteniendo ventajas en el primer momento, eran infaliblemente derrotados por su impericia militar.

² Flanqueo de los pantanos.

³ Apresamiento por nuestros cruceros, durante el bloqueo, de bayonetas y carne en latas, conducidas en buques mercantes ingleses.

⁴ Llámase por chunga *zapatero* al jugador que pierde una partida sin ganar un tanto; y alude el autor á que iban ya 19 combates sin que los moros hubiesen obtenido ventajas ni en uno solo.

pero muy ternes.
Os veis *cubiertos*,
calculais mal la *tabla*
y os vais... *en seco*.¹

Por fin *palos corridos*,²
con una *pérdida*,³
terminaron bien pronto
aquella *mesa*.

De rabia ciegos
destrozasteis el *pañó*⁴
aun siendo vuestro.

En todo el primer *juego*
disteis señales
de impaciencia y de génio,
de audacia grande.

Pero... ¡ay, en vano!
siempre estabais *cubiertos*⁵
ó muy *pegados*.

Pedisteis la *revancha*
y os la otorgaron:
O'Donnell jamás niega
su cara á guapos.
Mas allí os hizo
un *chapó de salida*⁶
que os dejó bizcos.

¹ Alude al formidable ataque dirigido por los moros al reducto de la Estrella, en el cual fueron rechazados por la ventajosa posición de las tropas que estaban *á cubierto* de sus ataques por las obras.

² } Batalla y toma de Tetuan.

³ } Estragos en Tetuan antes de la entrada de los españoles.

⁴ } A cada jornada de avance, los moros acometían á las tropas y eran rechazados (*pegados*), y hasta que repetían el ataque nos daban tiempo para hacer obras de campaña y ponernos *á cubierto*.

⁵ } El *chapó*, ó sea todos los palos, deciden una mesa ó partida. Alude al combate de Samsá, que terminó el segundo periodo de la campaña.

De Vad-Rás la batalla
 (el tercer *juego*),
 os mostró que gastabais
 tiempo y dinero.

¡Oh, me dais lástima,
 perdisteis el *partido*
 con mas... *la casa!*¹

Si seguís adelante
 con tal *partida*,
 os quedais en el *juego*
 sin la camisa.

¡Sea en buen hora:
 cantasteis convencidos
 la palinodia!

¹ *La casa.* Los gastos de la guerra.

De V ad-Ras la batalla
el terror (puedo)
no mostro que gastais
tiempo y dinero
Oh, me das lastima,
perdisteis el partido
con mas... la causa
si seguís adelante
con tal partido
no podreis en el juego
sin la causa
¡Sea en buen hora!
cantarais convencidos
la palinodia!

La causa: los gastos de la guerra...

Politeia la reorganiza
y se la otorga
O...
...
...
...
...
...

...
...
...
...
...
...
...
...
...
...

HIMNO DE ALMANSA

CANTADO EN EL TEATRO LA NOCHE DEL 27 DE MAYO DE 1860, EN LA FUNCION
CON QUE EL PUEBLO DE BURGOS SOLEMNIZÓ EL REGRESO DEL PRIMER BATALLON,
VENCEDOR DE AFRICA.

(Música de D. Rafael Selichol.)

CORO.

¡Gloria, gloria al ejército invicto,
Y de Almansa al primer batallón,
Que, vertiendo su sangre en la Libia,
La soberbia agarena humilló!

I.

«¡Sus! ¡Al Africa!» os dijo la patria:
»¡Sus! ¡Al Africa, nietos del Cid!
»Los salvajes á España afrentaron:
»¿Tal oprobio querreis consentir?»
A la voz de la patria, sensibles:
«¡A las armas!» gritais: «¡A la lid!»
«Donde quiera que á España se ofenda,
»¡Por Santiago! ¡A vencer ó á morir!»

II.

Con la vista en la enseña española,
Que en dos mundos invicta flotó,
A las playas del moro os lanzasteis
Provocando su saña feroz.

Y vencisteis en lucha terrible
Al tostado africano leon:
Ni os detuvo el valor del contrario,
Ni su ruin y salvaje rencor.

III.

Cuantas veces la lucha trabasteis
 Otras tantas el polvo mordió:
 Si la sangre española por gotas,
 A torrentes la mora corrió.

Tras de rudos sangrientos combates,
 Huracanes y peste y calor;
 Si de tantos contrarios triunfasteis,
 ¿Quién se atreve á vosotros desde hoy?

IV.

El honor de la patria está á salvo:
 El alarbe os pidió ya la paz.
 ¡Bien, valientes! ¡La patria os admira!
 ¡Vuestra gloria es inmensa, inmortal!
 Con asombro os contempla la Europa,
 Y la historia imparcial mostrará,
 Junto á Otumba y Lepanto y Pavía,
 Castillejos, Tetuan y Vad-Rás.

BRINDIS

EN EL BUFFET CON QUE FUERON OBSEQUIADOS EN EL SALON DE RECREO DE BURGOS
LOS BRAVOS DE ALMANSA.

Bien venidos del Africa sean
Esos bravos que, en lucha sangrienta,
De su patria lavaron la afrenta
Con la sangre de audaz marroquí.

Formidables las huestes del moro,
De su oprobio ocuparon las heces:
Si del polvo se alzasen mil veces,
Volverian al polvo otras mil.

Con laureles la sien coronada,
De la guerra volveis victoriosos,
Hijos, padres, hermanos y esposos
Por quien tanto suspiro se dió.

Sois orgullo de España vengada;
Sois emblema de santa victoria:
Os rodea el prestigio y la gloria
Del que nunca vencido se vió.

Como buenos al Africa fuisteis;
Invencibles, al moro humillasteis;
Generosos, su sed aplacasteis,
Ejerciendo la santa piedad.

¡Merecido habeis bien de la patria!
¡Estrechad nuestras manos amigas,
Y, olvidando tan rudas fatigas,
Los placeres del triunfo gozad!

BRINDIS

EN EL SUPLENTE DE LOS TIEMPOS OCCASIONADOS EN EL SALON DE RECEPCION DE BURGOS

LOS BRINDIS DE AGRACIAS

DE LOS SEÑORES DE AGRACIAS

Bien venidos del Africa sean

Esos bravos que en los sangrientos

De su patria jactaron la gloria

Con la sangre de sus martirios

Formidables las huestes del moro

De su propio cupieron las heces

Si del polvo se alzaron mil veces

Volterias al polvo otras mil

Con laureles la sien coronada

De la guerra voléis victoriosos

Hijos, padres, hermanos y esposos

Por quien tanto espíritu se dio

Sois orgullo de España vengada

Sois estandarte de santa victoria

Os rodea el prestigio y la gloria

Del que nunca vencido se vio

Como buenos el Africa visitais

Invencibles al moro humillatais

Generosos, en sed aplacatais

Ejerciendo la santa ley

Merecido habéis bien de la patria

¡Estrauchad vuestras manos sangrientas

Y olvidando tan rudas fatigas

Los placeres del trinado rosario

Es propiedad del autor.

Se halla de venta en la Administracion, Santa
Isabel, 12, y en las principales librerías de Madrid.